

POESIA leída por el joven pasante D. Juan Villalón, alumno del instituto en la Academia de Jurisprudencia teórico-práctica.

..... *en vuestra mente*
Grabad esta verdad que os dan mis labios:
Solo es feliz la patria de los sabios

¿Quién de vosotros, quién, en este día
No siente de alegría,
Y de entusiasmo grato
El pecho palpitar alborozado?

Oh! ¡cuál la dura pena
Olvida el corazón reanimado,
Y un sentimiento lato
De inefable placer el alma llena;
Al contemplar el cuadro interesante
Que ofrece aquí la juventud florida
De la alma ciencia y del progreso amante!

Cuál por mágico encanto se evaporan
Las negras sombras del pesar odioso,
Y en expansión dulcísima la mente,
Del férvido idealismo
Se abandona a la rápida corriente

¡Oh inspiración del cielo,
Sublime inspiración! a mi descende
En tu glorioso vuelo
Arrebata mi espíritu y enciende
En tu fuego sagrado el pecho mío,
Para elevar mil cantos inmortales

Al genio de la ciencia prepotente,
Que, destello de Dios, con luz más pura
Que la del sol magnífico fulgura.

Al genio celestial, al almo genio,
En cuyas alas de querub hermosas
Se lanza el pensamiento,
Y cruzando veloz las espaciosas
Orbitas mil de rutilantes astros,
Junto al trono de Dios pone su asiento:

El es quien en sus manos
Maneja los resortes soberanos
De la asombrosa máquina celeste,
A cuyo mecanismo inalterable
Su fuerte acción sujeta la natura;
Y en el orden moral por inmutable
Ley sacrosanta rige los destinos
De la humana criatura.

El quien al grande Newton le prestara
De la atracción los poderosos cables,
Con que engrillando a los errantes astros
La senda les marcara,
Por la celeste esfera,
De su gloriosa, perennal carrera:
Y quien, legándole inmortal renombre
Del prisma le descubre
El mágico poder y allá su nombre
En las nubes escribe con la tinta
Con que el iris espléndido se pinta.

Por él, ardiendo en el amor sagrado
De la patria, solícito se apresta
A su defensa Arquímedes, armado
De su terrible espejo;
Y cual airado Júpiter flamante,
Haciendo descender fuego del cielo,
A la invasora armada pulveriza,

Y sus naves convierte en vil ceniza.

De su aliento vivífico, divino,
Aspira Fulton animado soplo,
Y en vapor convirtiéndolo, al inmenso
Piélagos lanza la fogosa nave,
Que, cual monstruo marino
Las irritadas olas domeñando,
Surca veloz el oceano extenso,
Del aquilon el ímpetu burlando.

Morse a su inspiración arma ingenioso
Los eléctricos hilos, y juntando
Al oriente y ocaso, en confidencia
Los pone y a su influencia
Hace que desaparezca la distancia.

Y el inmortal Daguer, con admirable
Perfección imitando a la natura,
De lucida impresión al suave impulso,
Deja estampado el tipo inimitable
De los objetos, en el negro fondo
De su cámara oscura.
Y la paleta de Rafael, vencida,
A la excelsa invención rinde homenaje
De admiración debida.

¡Oh rayo animador! sacro destello
De la Suprema Inteligencia! absorto
Contemplo tu poder; y ya escuchando
Las armoniosas notas de Rossini
Que arrebatara el alma, o el acento
Del dulce Byron, y el sublime canto
Que inspirado de númen sacrosanto
Carpio divino eleva majestuoso;
Ora bien de Aristóteles juicioso
O del gran Lamennais la voz sonora
Oiga tronar, y en inmortal contienda
Los contemple esforzados

Derribando el altar ennegrecido
 De consagrado error; y el obstruido
 Sendero amplificado
 De la verdad, con la potente maza
 De la lógica armados:
 Mi espíritu anheloso se remonta
 Del alto Pindo a la sagrada cumbre,
 Para entonar de tu grandeza el himno;
 Más hiriendo mis ojos de improviso
 El rayo esplendoroso de tu lumbre,
 Caigo ofuscado a tus excelsas plantas;
 Y de santo terror sobrecogido,
 Sello mis labios y el laúd olvido

Jóvenes estudiosos que la senda
 Seguis de un porvenir lleno de gloria,
 En cuyos pechos sacrosanta llama
 De patrio amor y libertad se inflama:
 Seguid, seguid constantes
 Empresa tan laudable, *en vuestra mente*
Grabando esta verdad que os dan mis labios
Solo es feliz la patria de los sabios.

Monterrey, Agosto 31 de 1861.

DISCURSO del Exmo. Sr. Gobernador, D. Santiago Vidaurri,
que puso término al acto.

Señores:—¡Qué cuadro tan bello, qué espectáculo tan ameno el que estamos gozando, cuando en ambos domina exclusivamente la elocuencia patética del sentimiento nacido de la grandeza y fines de esta reunión! En ella no entra pequeñez alguna que la haga desmerecer; pues afortunadamente no celebramos esos acontecimientos que cuestan lágrimas y dolores, sino los progresos del talento y sus triunfos, la primera función literaria del Colegio Civil.

Tiene este en sí un carácter de elevación tal, es tanta su importancia y lo que el Estado se promete de dicho plantel, que nunca podría el Gobierno encarecerlo suficientemente. La distribución de premios que por mi mano ha hecho el Colegio a sus alumnos, compensando su aprovechamiento en el último año escolar, y estimulando así su dedicación al estudio, he aquí el todo de esta brillante solemnidad. ¡Pero qué todo, Señores, tan grande y halagüeño por su contenido. El encierra inmediatamente el porvenir de la generación que nos va a suceder, y por consecuencia el de aquellas que la reemplazarán después, según el orden que les ha fijado el Criador. Ahora bien; si la inteligencia ilustrada apoyándose en las eternas bases de la moral, es la que debe llevar el cetro de los destinos humanos como verdadera soberana, porque todo lo demás lejos de merecer este nombre, es digno de desprecio o de compasión; si también es la fuente de la venura y prosperidad de las naciones que saben cultivarla, razón tenemos para esperar del Colegio Civil un éxito de este género en bien de nuestro magnánimo Estado.

Dichosos nosotros que nos ha tocado realizar el pensa-